



IV

PRONTA CONTESTACION
QUE DA EL CURA DE SAN BENITO
DON MANUEL CHANTRE
Á LA POSTA QUE RECIBIÓ
POR LA GAZETA MARCIAL
DEL 2 DE MARZO DE 1813.



SANTIAGO:
En la Imprenta de D. Juan Francisco Montero,
Año de 1813.

*Insidiatur in abscondito, quasi leo
in spelunca sua. Psalm. 10. v. 9.*

Acecha en secreto, como leon
en su cueba.

No pudiendo el Sr. Marcialista impugnar la doctrina con que le he contestado, trata de exaltar mi orgullo persuadiéndome que soy hombre de algun provecho. Vaya, Sr. mio, no se empeñe umrd. en sacarme de mi nada, por que le aseguro que siendo hombre de calzas atacadas no quisiera que se me hiciese mudar de aquel paso con que tubo la bondad de retratarme en uno de sus periódicos del año pasado. Dios le perdone á umd. el mal rato que me ha dado sacándome á lucir con mi pata galana entre tanto hombre de provecho: como que mas de quatro miradas he llevado, y que denotaban con ellas dar á mi persona mas importancia de la que merece. Esto que por allá haria crecer á las gentes un palmo, acá costaba un sonrojo, como si fuera un S. Benito. El Sr. Marcialista peca algun tanto de franco, é yo que en esto de ingénuo no le voy enzaga, voy á confesarle mi flaqueza: soy un pobre hombre, y tan pobre que nada se halla en mí de bueno, sino conocer lo poco que soy. Púsome el Sr. Redactor en la precision de medir mis débiles fuerzas con las suyas colosales; aquí fueron los apuros y congojas de muerte. ¡Quién saldrá por mí á la palestra! quién me amaestrará! á donde acudirémos por las armas! Dí quatro vueltas por la casa, é invocado el nombre de Dios, como tenemos por acá de costumbre, dixé: cierra Santiago y á ellos: tomé una pluma mal cortada y con mano trémula y como *exabruto* salió lo que todo el mundo ha visto. Aclamaron luego las gentes victoria! victoria! el Goliat quedó vencido, y el campo quedó por el pequeño David.

El Sr. Marcialista mordiéndose los dedos daba á sataná el momento en que puso su artículo milagrero; y dando quatro paséos con mucho coraje exclama: que es esto, levántanse los indoctos y nos sacan la pluma de la mano! Sosiéguese, Sr. mio, sosiéguese. Vmrd. se admira de que un hombrecillo que no adorna sus sienes con los arambéles con que su merced condecora las suyas, sea capaz de escribir dos renglones sin tropezar. Confieso

4
que esto tambien á mí me hace algunas cosquillas. No es v.mrd. el que se anda por esos mundos á caza de milagros? pues es mas ciego que un topo sino vé el que tiene á la vista. Un pobrete de pocas fuerzas me vence y arranca las armas de la mano ¿qué es esto? Que ha de ser Sr. mio, sino verse cumplido aquel oraculo *infirmi mundi elegit Deus, ut confundat fortia*: y aquel otro *ex ore infantium, et lactentium perfecisti laudem*. Quiérelo umd. mas claro, Sr. Redactor. Olvide umd. mucho de lo que sabe, y aprenda algo de lo que ignora, y luego saldrá de admiracion.

Por otra parte, Sr. Redactor, es menester confesarlo, que la congregacion filosófica no posee exclusivamente el privilegio de saber. Es cierto que entre ustedes en entrando un adecto en la cofradia, desde aquel momento ya se halla capaz para sostener conclusiones en todas las ciencias. Teología, Moral, Política, Derecho público todo le es familiar. Lo que la antigüedad ha tenido de mas respetable, sin exceptuar los Santos, todos han sido unos fanáticos y bárbaros; con este epíteto modesto he visto que un discípulo de la secta honraba al padre de los Teólogos Santo Tomás. Solon, Licurgo, y Aristoteles, no se quedarán sin su nota; porque no obstante que los respetan como gentiles es gente á la antigua. Y en vista de esto ¿qué podemos esperar nosotros los pobretes? Servilmente adictos á nuestras antiguallas qué podremos saber? Aunque nos descejemos, y pasemos algunas noches en claro por salir de nuestra ignorancia, como no leemos por los libros de oro de la hermandad nos quedamos en tinieblas. Viva la flamante filosofía que á tan poca costa hace hombres grandes. Pero pese á la cobardia y encogimiento de tanto rancote como hay por esos mundos encanecidos en el estudio de las letras que dejaron levantar á mayores, y erigirse en maestros á tantos presumidos, que solo debieran ocupar la clase de discípulos. Si el mas pobrete entre los rancios con su primer ensayo dió tantos zelos al Señor Marcialista, ¿qué nõ hubiera hecho tanto adalid si en-

ristrando su pluma hubieran salido á la palestra contra tanto malsin?

A vosotros, ó hombres sensatos, se dirige mi voz en este momento: yo os conjuro por la Religion á quien amais, por el bien de vuestra Patria, cuya felicidad apetecéis, que no dexéis un momento de sosiego á los maestros de la impiedad; á los perturbadores del público sosiego: á los verdaderos enemigos de Dios y de su Patria. Así como ellos se coligan para disemibar el error, hacedlo vosotros para sostener la sana doctrina. Afuera temores y respetos humanos, quando los intereses de Dios, y la gloria de su Religion exigen que nos decláremos en su favor. Perezca de una vez esa prudencia de la carne enemiga de Jesucristo que nos obliga á tantas condescendencias y respetos, quando el zelo por la causa de Dios nos estrecha á que nos decláremos si estamos por J. C. ó por Baál. El precepto del Apóstol nos urge: *Prædica verbum, insta oportunè, et importunè, argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina.* Si por una criminal cobardia callásemos, hasta la sangre del mismo impío, como nos advierte el Señor por Ezechiel, recaerá sobre nuestras cabezas. La causa de la Religion no se sostiene con solas las armas de la humana prudencia. Salgámos al encuentro á estos agresores fiados en aquel oráculo infalible: *Nolite cogitare quomodo, aut quid loquamini: dabitur enim vobis in illa hora, quid loquamini.* Aunque el texto parezca solo aplicable al caso de comparecer ante el juez tirano para responder de su fé, creo que no habrá algun inconveniente en extenderle á la lucha que hay que sostener contra tanto arrogante y presumido á quien un tímido silencio hizo que creciese á lo sumo su atrevimiento. Hablan y escriben ya con tanto descaro como si la Religion Católica no fuese la primera basa del Estado, y no conspirasen á sostenerla todas las otras leyes.

La respuesta que me ha dado por la posta el Sr. Marcialista, precisame á que sin mas preambulos diga

algo á su merced. Es verdad que está tan cetrino que no sé por donde le entre. Yo no sé porque este buen señor se habia de poner tan mohino ¿Acaso un buen consejo merece una descarga de improperios y calumnias? ¿Señor mio, hay pecado de sedicion en indicarle á Vm. el modo de manejar su celo, caso de resolverse personalmente, á instruir á estas buenas gentes sobre el nuevo giro que umrd. quiere dar á su devocion, y que ellas resisten con todas sus fuerzas admitir? ¿Porque, pues se pone de tan mal humor? Vmrd. debe ser de natural muy espantadizo, ó el miedo debe hacerle ver espectros. Nada tiene umd. que temer de un pueblo tan religioso, pacífico, y honrado como el de Santiago mientras no le ofenda en los objetos de su culto y veneracion. El pueblo conoce bien quanto se desvive umd. por su felicidad. Pero umrd. con el corage en que le hacen entrar tantas cosas como trae entre manos, pierde de vista el modo de conciliar su gratitud ¿Como se le escapó volber á llamar piedra á la Imágen de la Virgen Maria? ¿No echa de ver, señor mio, que con esto se pone la gente de tan mal humor que darán al trasto con todos los planes de felicidad que les traza? No obstante efetá que ha de llevar su empeño adelante: piedra ó palo ha de ser, supuesto que las mas de las imágenes son de esta materia. Vmrd. tiene una fantasia tan exáltada que todas las cosas le pinta al revés: cree verlo todo nadando en sangre, apellida sedicion al mayor sosiego, y se juzga ya victima de su celo quando los unos le miran con compasion y los otros con desprecio; Lo que hace una conciencia agitada! Buen ánimo Sr. Marcialista, prosiga v.mrd. en sus taréas que nadie le turbará: repose v.mrd. en la bondad y mansedumbre de sus honrados y sensatos vecinos: porque hasta ahora, sin embargo de haberles dado materia para ello, solo los forasteros le han incomodado: y pardiez que desde entonces ni siquiera les volbió á tocar el pelo de la ropa.

¿A que viene v.mrd. cacareandonos su patriotismo, poniendolo en parangon con el de muchos á quien la tem-

7

pestad arrojó á Sevilla, y Cádiz que ni le cedieron, ni le ceden en amor y sacrificios por su patria? ¿Sea dicho sin ofensa de sus servicios Sr. Marcialista: vale ó no el refrán de que nada puede perder el que nada tiene? Pues señor mio, muchos de los que fuimos á Sevilla y Cádiz por no servir á los franceses hemos abandonado toda nuestra fortuna, el sosiego de nuestras casas, la compañía de nuestros parientes y amigos, expuestos por mar y tierra á muchos peligros, hemos salido de la Côte tan escuetos como habíamos entrado en ella, y vuelto á nuestra patria en el momento que supimos que ya respiraba libre. ¿Que tal señor patriota, hay algo de esto en la historia de sus sacrificios? ¿Ahora bien, no pudieramos faufarröncar á lo menos tanto como el Sr. Marcialista? Pero como ha de ser siempre encogidos y metidos en nuestras calzas, nos contentamos con el buen testimonio de nuestra conciencia, y un tal qual aprecio con que nos miran las gentes honradas. Mas yo me atrevo á asegurar que la modestia del Sr. Redactor no exigirá por pago de sus servicios menos que uno de los lucidos empleos de la Nación. ¿Tantos riesgos y peligros, tantos sustos, tantos sudores y pervigilios se habian de quedar sin fruto? Vmrd. hace muy bien enviar delante esos retos, esas manos armadas de puñales, y esa maquina de enredos que á luengas vías luengas mentiras, y al fin viendole á umrd. tan mal parado que corazon habrá que no se mueva á pedir siquiera un empleito de 180. rs. para que pase el resto de la vida libre de sustos.

Lo que yo no puedo conciliar con ese colosal patriotismo es, como conociendo su merced el monstruo que tiene en combustion á toda la Galicia, no trata de delatarle al Gobierno, pues todos tenemos interes que no se abraze nuestra Patria. Mas yo juzgo que el monstruo de que nos habla el Sr. Marcialista sea cosa de otro mundo que solo tropieza con su merced, porque nosotros ni á sol ni á luna hemos podido verle. Y de verdad, que á ser cosa que tubiera cuerpo, como se habia de escapar á los

ojos lince del Señor Comandante General; á los de los Magistrados y de tantas personas encargadas del público sosiego? Pobre hombre soy; pero juzgo que el Sr. Redactor pecó contra su Patria á quien supone ardiendo en facciones siendo tan leal y sumisa al Gobierno, como consta á todo el mundo: contra el Sr. Comandante General, á quien por el hecho de verlo y callar, tacha de inacción: contra la Audiencia del Reyno, y demas Magistrados, á quien contempla meramente pasivos. Si su periódico estuviera en crédito ¿quántos males no pudiéramos temer de aqui? Mas su merced echa á volar por esos mundos mil patrañas, y se queda tan sereno como si hubiera tragado una guinda.

Esto si, Sr. Redactor, esto si que es horroroso, y no el soñado desafio de mi respuesta. Pero como cada uno vé con sus ojos, decia un sábio cofrade, no sería extraño que si tenia los suyos enfermos, trabucase lo blanco con el negro. Ello es que ya fuese por esto ó por haberlo leído muy por la *posta*, su merced se avinagró de tal forma que se deja caer sobre mí con todo el peso de aquel texto sagrado: *que con hierro morirá el que con hierro matáre*. Como es sentencia del Espiritu Santo la miro con todo el respeto que se merece; mas no obstante no deja de consolarme ver expreso en él, que ha de ser un Dios justo, y no el Sr. Marcialista, el que ha de dar á cada uno segun sus obras, y desde entonces cobro esperanzas de no ser juzgado de los delitos que no he cometido.

Apenas el Sr. Marcialista se entra en la época de la revolucion de la Francia, quando comienza á tocar á degüello. Sr. mio, si le place, escúcheme un consejo. ¿Para que se adelanta tanto v.mrd? por qué no da tiempo al tiempo? Ese génio *vivillo* quisiera que decir y hacer fuese todo uno, á la manera de aquello del Génesis: *Fiat lux, et facta est lux*. Pero, pecador de mí, no repara umd. que no es mas omnipotente que Napoleon, á quien perdió la maña de acabarlo todo en un momento. Créame

9

que aquellos colégas y amigos marrulleros, que saben quanto vale la flema en estas materias, no le han de agradecer que avance tanto; pues bien saben que el terreno sin preparar no puede llevar fruto. Sobre que estos sábios dan unos tropezones como pudiera un pobrete, *sicut ego*. ¿De tan lindas cabezas no sale siquiera un buen consejo? Á qué vendrá ponernos ya la guillotina al frente? Con que *la revolucion de la Francia llegó á su colmo por las intrigas de los que debian sufrir una justa reforma*? Por acá teniamos otras idéas de lo acaecido en aquel desgraciado Reyno. Sabemos que todas las calamidades y desgracias de los franceses fueron fruto de una falsa filosofia enemiga de Dios y de todo orden social: ruina de la Religion Católica, Apostólica, Romana: destructora de las buenas costumbres: maestra de la rebelion: y precursora de la anarquía. Élla fué la que de mano armada atentó contra la Iglesia no combatiendo como la heregía alguno que otro dogma, sino derribando todos los cimientos de su fé creyó que el medio mas seguro para desterrarla de la tierra era despojarla de sus propiedades, y envilecerla: y como si fuera facil unir las tinieblas con la luz y juntar á J. C. con Belial, queria uniformar el culto de todas las sectas con el católico ¿Y que nos dice el Sr. Redactor de la justicia de esta reforma? Si los rancios Españoles, que vale tanto como á católicos cristianos, fuesen tan inconstantes como los Franceses, y estuviesen en estado de admitir á propuesta de Napoleon una tal mudanza en el sistema religioso que sancionó la Nacion, ¿que les diria entonces nuestro sabio? ¿Desaconsejaria que sucumbiesen, y adorasen á Jesucristo y á Mahoma sobre unas mismas aras? Tengo otra opinion del Sr. Marcialista para creerlo capaz de una superchería de este tamaño y de tanta ascendencia. Quedamos en que sus ojos no quieren ver las calamidades que afligieron á los franceses; y de verdad que los míos no se recrearian en mirar un espectáculo tan horroroso. Pero dado caso de hallarnos en él como

saldríamos del apuro? ¿Negaríamos, ó disimularíamos que éramos cristianos? Hé aquí otra cuestióncilla que no es menester ser gran teólogo para resolverla. Pues Sr. mio, para este solo caso retaba yo á v.mrd. por ver qual de los dos, y con la gracia de Dios, apoyado en sus principios sabrá, siendo necesario, subir con frente mas serena al cadalso.

¡Oh Iglesia santa, casa de Dios, y esposa amada de Jesucristo antes yo me olvide de mi mano derecha que de tí! Perezca quanto hay debaxo del cielo primero que ser arrojado de tu seno. Tierna y amorosísima Madre, si en vida soy un hijo debil y flaco para enjugar las lágrimas que arrasan tus mexillas, consuélete á lo menos en la muerte. Y tú ¡oh Religion santa! don venido del cielo para la felicidad de los hijos de Adán, sostén mi flaqueza, comunica á mis huesos aquel espíritu de fortaleza que únicamente puede provenir de tus intimas inspiraciones.

Disimule umd. Sr. Redactor, porque en tocando esta tecla me electrizo de tal forma que todo se me olvida, y todavia nos resta algun camino que andar: Vaya al paso una preguntilla, ¿qué querrá v.mrd. decirme con aquello de espádachin de la muchedumbre? porque sobre lo de revolucionario se lo preguntaremos ante quien administre justicia. ¿No sabe, señor mio, que como hombre pacífico. nunca me exercité en la esgrima, ni puse cuidado en manejar otra arma que la espada de la divina palabra? Si por esta habla su merced, como supongo, no se asuste, porque yo no la he de esgrimir, sino contra los lobos que vengán á matar, herir y dispersar las ovejas. Respecto de estas no peligrá mi concepto, ni tiene umd. nada que recelar, porque conocen al pastor y oyen su voz. Por lo que toca á la bondad con que me exôrta á conservar mi buen nombre *que hasta aquí estuvo en su punto*, le quedo muy agradecido. Mas sepa umd. una cosa, si la ignoraba, y es que aunque tengo mi cachito de amor propio, no tanto que me haga olvidar de dar á Dios lo que es de Dios,

y al Cesar lo que es del Cesar. Se me acuerda algunas veces aquel textecillo tan respetable por haberlo dictado el Espíritu Santo: *Elegi abjectus esse in Domo Dei mei: magis quàm habitare in tabernaculis peccatorum.* Por otra parte no se le oculta á v.mrd. que con tal que, nos salvemos, importa poco que sea pasando por la buena ó mala fama.

Quisiera de muy buena gana seguir el hilo de su discurso, pero cátrate aquí, que tropiezo con un parrafo tan indigesto que por mas bueltas que le dí, no acabo de entender lo que quiso v.mrd. decirme en él. Quiero pues que lo vea todo el mundo, por ver si hallo alguna buena alma que me lo exponga segun el sentido del Sr. Marcialista: *y que ya no adora á Cristo pobre, porque en eso de pobre; ¡infeliz de mi! pero ni aun á Cristo crucificado, que como manso cordero sufrió tanta amargura que llegó á desear que su Padre Celestial le indultase de beber el caliz amargo de toda su pasion.* Aquí se necesita bien el cuchillo anatómico de nuestro físico, y que dirigiese nuestra mano para hacer la incision por la parte donde está lo podre. Pero una vez que v.mrd. no se presta á esta obra de caridad, me es forzoso que pruebe, con el favor de Dios, salir del paso del modo que alcance. ¿Digame Sr. Marcialista, hay alguna diferencia entre predicar y adorar á Cristo pobre, y crucificado é imitarle ó no? ¿Y si la hay como seguramente responderá que si qualquiera doctrino, que es lo que quiere decirnos con esta jerga de palabras? ¿Ignora por ventura que una cosa es la doctrina, y otra el organo por quien se anuncia? ¿Acaso no podrémos los ministros de la divina palabra, aunque miserables pecadores, conservar íntegra la fé de nuestro Sr. J. C. y adorarle bajo este respecto? Esta obscuridad me hace temer: una de dos, ó que se oculta aquí alguna caca, ó que el Sr. Marcialista vá á separarme de la comunión de los fieles. Hasta aquí podía llegar la chanza. Tengase allá, señor mio, que esto de católicos no siempre corre parejas con lo de patriótas. Sea v.mrd. quanto se quiera, pero en esto de católico

no cedo lugar á nadie. Sigamos este laberinto á ver si es tanta mi fortuna que le halle salida. Concluye v.mrd. su periodo con palabras santas, pero que por su colocacion no tienen otro sentido, sino el que se le quedó á v.mrd. en el tintero. Qual sea este, echese umd. á advinarlo por esos cerros de Dios. ¿Qué quiere v.mrd., pues, que le diga, señor enfático? Yo solo pensandolo piadosamente entiendo por *aquello de cáliz amargo y manso cordero*, que v.mrd. quiere preparar mi estómago para que admita sin repugnancia la pócima que me ha recetado. En efecto su merced tiene un tino admirable: preservado con tan bello específico, me quedé con un estómago como unas pascuas. Mas el diantre que todo lo enrreda, vino á turbar la fiesta con la memoria de la supersticion de marras, y dixé para mi colete, *no aquí, aliquid latet*. No darne otra respuesta en asunto de tanta gravedad, y sobre que todo el mundo estaba con ojo tan largo, sino una granizada de las que suele, y rematar con la mansedumbre de mi Señor Jesucristo, aquí hay misterio. Sin dada que el Sr. Marcialista desearia qué callasemos á todo y no le hubiesemos dejado tan feamente en su artículo de la época milagreira. Pero como ha de ser, señor mio, mal haya el perro que siquiera ladrando no se hace acreedor al pan que come. Yo pobrete soy como le consta á v.mrd.; mas la mansedumbre que me recomienda no la encuentro en el Evangélio. Aquí veo al mansísimo cordero de Dios que no quiere que se apague la mecha que humea, ni que se quebrante la caña cascada, no obstante esto, deponiendo toda su mansedumbre arroja á golpes los que profanaban el lugar Santo. Ahora bien, ¿quiere v.mrd. que conciliemos la mansedumbre que me recomienda con el exemplo que nos dá nuestro amable Salvador? Pues vamos ambos á la par, umd. no metiendose en reformas que no le tocan, ni entrando con mano atrevida en el Santuario, que yo por mi parte le prometo mantenerme tan pasivo como en las de marras. Por lo que toca á las caxas tampoco he-

mos de pleitear, como son oblacones de los fieles, y el público está en posesion de ponerlas en nuestras manos, pidale v.mrd. sus sufragios, y si la mayoría se decidiese por v.mrd. cuente seguro con ellas en su casa.

Vaya como por posdata. Hasta aquí contexté con el Sr. Marcialista en singular; pero como son Marcialistas en plural, para que la lucha no sea con armas tan desiguales, una vez que yo pobre hombre salgo á la palestra á cara descubierta, honreme el Señor que las toma con migo con dexarme ver su rostro. Estampe su nombre como acá los pobretes, y luego veremos si vale la razon. Donde no, señores míos, gruñan quanto quieran desde sus guaridas, que yo no saldré al campo hasta saber con quien las tengo de haber. ¡Un hombrecillo solo contra tanto adelid, y de tan alto Coturno! No quisiera el diantre mas para reirse. ¿Cábe en la justicia de vuestras mercedes que una legion entera acometa á un pobre vi-soño? Y aun de hombre á hombre tendria mil trabajos, no solo por la debilidad de mis fuerzas, sino porque vuestras mercedes juegan de unas armas vedadas para mí. La Religion Católica, Apostólica, Romana de que todos hacemos profesion por una parte, la urbanidad por la otra; la decencia y dignidad que pide un escrito que ha de pasar por delante de tantas barbas honradas &c. &c. &c. todas son trabas para mí. Pero vuestras mercedes que no se paran en pelillos, tienen mil recursos de que echar mano, por exemplo, la calumnia, el sarcasmo, y toda la ciencia de las verduleras, que es una mina de oro. Con que á Dios señores míos, que ni mi carácter, ni mis ocupaciones me permiten que pierda el tiempo malamente.

Es de vuestras mercedes afecto servidor el mismo Cura de San Benito. = Santiago 6 de Marzo de 1813.

Manuel Chantre y Torre.

